

SIMON HORNBLOWER, *El mundo griego 479-323 AC*, Barcelona, Crítica, 1985, 415 págs. (*The Greek World 479-323 BC*, Londres, Methuen, 1983), en la serie *Historia de las civilizaciones clásicas*, ed. por F. Millar.

Jane Hornblower, en su *Hieronymus of Cardia*, Oxford University Press, 1981, en el momento de los agradecimientos, aprovecha la ocasión para elogiar la enorme erudición de Simon Hornblower. Con la lectura del presente libro, llegamos a la conclusión de que no la cegaba el afecto. Otra cuestión es si el uso que se hace de ella, en un volumen de estas características, es el adecuado. La densidad de datos por página, en algunos casos, podría resultar excesiva. El sistema seguido, introducción constante de paréntesis con referencias a fuentes, bibliografía o discusiones, dificulta la lectura de un texto que no corresponde al artículo de una revista especializada. Tal vez había otro medio menos fatigoso de apoyarse en las fuentes, lo que sin duda alguna es un empeño loable en cualquier tipo de publicación.

La traducción castellana no colabora. Es imprecisa, confusa, demasiado apegada al texto inglés y pesada. En múltiples ocasiones se nota que no está realizada, ni revisada, por alguien familiarizado con el mundo clásico. Se habla de la «jarra» de Agesilao (nadie que haya visto la famosa copa podría llamarla jarra) y, por ambigüedad en la redacción, da la sensación de que Tucídides se ocupó de toda la guerra del Peloponeso y de que Livio escribió en 431. La transformación del decreto megárico en «derecho» megárico no sabemos si se debe a traducción o impresión. Tampoco hay cuidado en la transcripción de nombres griegos, en que se alternan sin motivo aparente *y* y *u* para la *ipsilon*. A veces se elige conservar la forma inglesa, como en el *ephebate* de pág. 207. Hay casos en que existen dos opciones igualmente válidas, pero conviene entonces unificar criterios, sobre todo si la traducción se debe a dos manos diferentes: ese parece el motivo de que aparezcan en el índice *Regio* y *Región* como dos realidades distintas. Autor, traductores y editorial colaboran a hacer incómoda la lectura de este libro, por lo demás muy útil.

Gracias al enfoque regional de la primera parte, podemos celebrar que ya existe un libro, traducido al castellano y accesible, que trate determinados temas. Pero donde puede desempeñar una función más eficaz es en los capítulos dedicados al siglo IV. No es fácil encontrar un tratamiento tan completo, en que la organización total sea comprensible sin prescindir de la complejidad. El capítulo sobre Alejandro tiene siempre en cuenta que se trata en gran parte de un problema de fuentes; la narración tradicional de las hazañas queda sustituida por la exposición de un problema histórico.

Con este libro, sin embargo, se constata que la abundancia de datos no siempre ayuda a profundizar. Algunos problemas se tocan de un modo verdaderamente superficial, como el de las disputas entre ciudades por «trociitos» de tierra (parte de la responsabilidad está, sin duda, en la traducción). Habría que dar algún argumento para afirmar que Efilates y Pericles actuaban «tendenciosamente» frente al Areópago, o que en las ciudades del norte del Egeo se odiaba y se temía a Atenas. Parece, en este último caso, no tenerse en cuenta la complejidad de las reacciones a la llegada de Brasidas. Acerca del efecto del imperio ateniense sobre la concordia interna de la ciudad de Atenas, tal vez sea posible ser menos simple que cuando se afirma que se lograba porque las clases bajas obtenían cleruquías y las altas no pagaban la flota. Al tratar de Cirene, el autor parece acercarse a una explicación interesante, pero se queda en su definición como «agrícola»: a él mismo le sorprende que ese rasgo, en la antigüedad, pueda servir de explicación. Con la terminología política estamos en la

mayor ambigüedad. Habla de una democracia que debía de ser realmente una oligarquía, pero no desarrolla la idea, que podría servir para explicar la evolución de los términos y su utilización más o menos propagandística. Por ello sigue teniendo problemas cuando trata de explicar el carácter «democrático» de la intervención macedónica y expone las diferentes actitudes políticas como la simple inversión de lo que había anteriormente. Más grave es la reaparición de una antigua costumbre, la de aplicar el término feudalismo a todos los pueblos, tanto macedonios como bárbaros, que no se adecuan al sistema griego de la *polis*. Hay autores, más rigurosos desde el punto de vista conceptual, que intentan elaborar una terminología más precisa y menos difuminante.

No pueden pasarse por alto, con todo, algunas muestras de clarividencia interpretativa, como la consideración del período «democrático» como el anómalo dentro de la historia griega y la observación de los detalles sobre el significado del poder de la *boulé* frente a la asamblea. El problema es que el autor generaliza algunos datos que sólo son válidos para el siglo IV. Es precisamente este hecho el que consolida la visión efímera de la plena democracia ateniense: en el siglo IV, la capacidad legislativa de la asamblea se ve reducida con respecto al siglo V. Por ello, no es tan ligera la ruptura en la continuidad de Atenas al final de la guerra del Peloponeso como el propio autor afirma en p. 15.

También puede destacarse la afirmación de que los antecedentes de la postura personalista de los jefes macedonios estaban ya en los jefes militares griegos del siglo IV. La explicación del fenómeno está tanto en Grecia como en la propia Macedonia. Son también «razones griegas» las que explican parte del sistema alejandrino de fundación de ciudades.

Por último, aunque con ello no agotemos la casuística, el problema del mito en la figura de Alejandro: emulación del héroe y creación del mito responden a un proceso de circulación en ambos sentidos. La tendencia a la emulación era tan real como la facilidad con que se creaban mitos identificadores en relación con personajes de la leyenda tradicional.

En suma, aunque su materialidad formal no colabora, el libro proporciona datos útiles, pero, salvo en algunos casos, no debe buscarse en él una interpretación que ayude a comprender la realidad histórica.

DOMINGO PLÁCIDO

A. LOZANO, E. MITRE, *Análisis y comentarios de textos-históricos. I. Edad Antigua y Media*, Madrid, Alhambra, 1984 (reimpr.), 238 págs.

Continúan las reimpresiones, bastante frecuentes, la última de 1984, de este libro editado por primera vez en 1979. Es la mejor prueba de que se han realizado los propósitos de los autores de hacer una obra eminentemente práctica, de gran utilidad docente y, por tanto, de gran difusión. Una historia, a través de los textos, «más dinámica y real que supere la pura memorización del dato y propicie un acercamiento más cognoscitivo al pasado humano» (p. IX) responde, pues, a las aspiraciones de la demanda. Tanto a las introducciones como a los textos acompaña una bibliografía básica, pero amplia, sin comentarios. La orientación del índice general es por épocas, como si se tratara de un manual, pero al final hay otro índice de textos.